

Domingo XXI – Pedro nos confirma en la fe

Hoy el Evangelio nos presenta la confesión de Cesarea, porque el episodio tiene lugar en Cesarea de Filipo. Mientras Jesús dialoga con los apóstoles, les hace una pregunta aparentemente incidental: “¿quién dice la gente que soy yo?”. Los discípulos le dan una respuesta entusiasta: “Unos que Juan Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas”, es decir, alguno de los grandes profetas del pasado que vuelve a la vida. Hoy diríamos que le transmiten una “alta imagen positiva”. Pero a Jesús la respuesta no lo conforma, porque eso todavía no es fe, sino que pertenece al mundo de las *opiniones*, como tales vagas, subjetivas y no comprometidas.

Por eso, da un giro inesperado a la conversación: “¿quién dicen ustedes que soy yo?”. Ahora cambia el sentido de la pregunta: ya no se trata de referir lo que otros piensan, ni tampoco emitir una opinión propia, sino que Jesús los insta a decidirse: “¿es o no el Mesías?”. Ya no pueden limitarse a dejarse arrastrar por el entusiasmo general: si no Jesús no es el Mesías, no tiene sentido que lo sigan; si lo es, deben seguirlo hasta el fin. En esa respuesta se juegan la vida.

Comprensiblemente, nadie quiere ser el primero en responder. Hasta que, finalmente, es Simón quien rompe ese silencio embarazoso: “Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo”. Éste es un momento clave en el Evangelio: por primera vez alguien confiesa la *verdad* sobre Jesucristo. Y eso no es una mera opinión particular, es la auténtica fe. Como le hace notar Jesús: “eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en el cielo”.



Pietro Perugino, *La entrega de las llaves a San Pedro* (1481–1482, Capilla Sixtina)

De ahí que Jesús formula esta declaración solemne: “Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia”. Quién es la piedra: ¿la persona de Simón o la fe en Jesucristo? Ambas cosas a la vez: la “piedra” es la verdadera fe en Jesucristo, garantizada a todos los creyentes a lo largo de la historia en la persona de Simón-Pedro y

de sus sucesores. En su vida personal, Simón seguirá siendo Simón, así lo seguirá llamando Jesús, y como Simón no siempre estará a la altura de su propia confesión de fe. Pero, pese

a todos sus defectos y debilidades, en cuanto Pedro, conservará hasta el fin (el martirio) la verdadera fe en Jesucristo y confirmará en ella a sus hermanos. Y tal será también la misión de sus sucesores, los sumos pontífices.

Tal es, en esencia, el significado eclesial de esta escena. Pero en ella también podemos descubrir un significado *personal*: en cierto sentido, todos los creyentes debemos realizar nuestra confesión de Cesarea. En efecto, el camino de la fe siempre comienza aceptando pasivamente la fe de otros, en especial aquellos con autoridad (nuestros padres, educadores, la parroquia, etc.). Esta primera es una fe *cultural*, que aceptamos por tradición, bajo la responsabilidad de otros. Pero, si bien ella es necesaria y valiosa como preparación, no tiene la fuerza para incidir de un modo determinante en nuestra vida; no es todavía la fe que salva, y si nos conformamos con ella es probable que nos abandone cuando más la necesitamos.

Para ser cristianos maduros, debemos hacer nuestra confesión de Cesarea: asumir la fe bajo nuestra propia responsabilidad, una fe que no se refiere a nuestra experiencia subjetiva (“me gusta, me hace bien”) sino a la verdad sobre quién es Jesús: el Hijo de Dios, nuestro Salvador. Pero esta fe, como la de Pedro, es ante todo un don que no proviene “ni la carne ni la sangre” sino del Padre, y solo podemos perseverar en ella si Jesucristo mismo nos confirma en esa fe a través de Pedro (el Papa y la Iglesia toda).

Ante la próxima venida del Papa León XIV a la Argentina, ya se perfilan distintas actitudes. Hay quienes ven la visita como un espectáculo de masas: algo exterior, que no toca sus vidas. Les falta la mirada de fe. Hay otros que ven este acontecimiento como una celebración del papado, o de León, o de Francisco que revive en su persona. Podemos decir que, en el fondo, estos creyentes se quedan en Simón sin llegar a Pedro. Finalmente, otros esperan que el Papa venga a pronunciarse sobre este o aquel tema, que critique a unos y apoye a otros. Son los que, si bien reciben a León como Pedro, no comprenden correctamente su misión. Debemos tener en claro que el centro de la visita del Papa no es el Papa mismo: él viene como testigo de Jesucristo.

En las celebraciones en las que participemos, le cantaremos a León, recordándole las palabras de Jesús en este evangelio: “Tu es Petrus” (“Tú eres Pedro”). Lo que necesitamos como creyentes es que el Papa cumpla entre nosotros la misión encomendada a Pedro y a sus sucesores: confirmarnos en la fe verdadera, la fe en Jesucristo como Hijo de Dios y nuestro Salvador.

P. Gustavo Irrazábal

23-08-26